

# Reflexiones a propósito de la polémica del indigenismo

Pablo Macera

El presente artículo ha tenido su origen en unos comentarios al libro *La polémica del indigenismo*; José Carlos Mariátegui-Luis

Si este libro resulta necesario es porque, desgraciadamente, las polémicas de los años 20 sobre la realidad peruana continúan siendo actuales en 1975, cincuenta años después. Esta sobre los indios que sostuvieran Sánchez y Mariátegui no es una excepción. Desde luego, entre 1927 y la fecha han ocurrido muchas cosas. Pero no las suficientes, pese a esa gran movilización popular que en lo que va de este siglo se ha venido expresando en huelgas, migraciones, barriadas, levantamientos, etc. Ya que mucho más importa aquello que no ha llegado a suceder. Aquellas probabilidades que quedaron en el camino como simples alternativas posibles de los hechos mismos. Dentro de esta lista de omisiones históricas podríamos incluir al APRA. Si el APRA es todavía una opción política en

Alberto Sánchez (Lima, Mosca Azul Editores, 1975); de ahí las referencias al mismo que esporádicamente hace el autor. (N. del E.)

1975 se debe a que no subió al poder en su momento debido, allá en 1931. De haberlo hecho, el Perú hubiese experimentado numerosas reformas que los militares (que entonces las impidieron) quieren realizar ahora cuarenta años después, demasiado tarde. Un APRA gobernante en 1931 hubiese podido perpetuarse indefinida y corruptamente como lo ha hecho el Partido de la Revolución Mejicana. Pero también es posible que presionada por sus propias masas hubiese cedido posiciones a una izquierda radicalizada.

En todo caso, hubiese despejado una incógnita. Grande es la responsabilidad de todos aquellos que hicieron imposible aquella experiencia. Responsabilidad tanto de los apristas como de los antiapristas que ha malogrado generaciones enteras y arruinado

la vida de miles de hombres en el Perú. Para terminar luego enredados todos en la misma confusión, recogiendo cada uno las banderas que el otro abandonaba. Quienes hemos recibido hecho este Perú, tenemos que deshacerlo para que no siga en el futuro pesando indefinidamente sobre otras gentes. Ni provoqué una guerra civil donde nuestros hijos se enfrenten por aquello que nosotros no hemos sabido defender, sino literariamente con palabras. Salvo algunos que están muertos. En ese sentido analizar y comprender lo que fue el Perú de 1920-30 es una purga psiquiátrica y el comienzo de un asesinato contra las gentes de esa época, tan grandes por su inteligencia, tan pequeños o débiles políticamente. Queremos saber por qué no hicieron lo que han dejado de hacer. Cada uno en lo suyo. Por qué, al igual que nosotros, se perdieron en palabras.

Lamento que este comentario estimule el recuerdo de tantas frustraciones. Para mí éste es el único modo como puedo leer este libro donde flotan nombres tan ilustres. Pero caben muchas otras lecturas igualmente legítimas. Bajo la guía de Luis Alberto Sánchez, el compilador Manuel Aquézolo, ha organizado didáctica y cronológicamente sus materiales. La polémica misma sobre el indigenismo entre Sánchez y Mariátegui sólo cubre una quinta parte del volumen. El resto presenta los antecedentes y las resonancias de esa polémica (1926-1930) que coincidió con los años finales de la dictadura leguista. Personalmente no me conmueve la prosa de López Albújar con sus 70 caracterizaciones judiciales del indio. Ni tampoco el estilo neo-romántico de L. E. Valcárcel ni las elegancias de García Calderón tan irritantemente fácil. J. A. Escalante fue más estricto y directo, pero si uno puede disculparle su leguismo —que para algunos era una forma de no ser civilista— no deja de sonreír ante las declaraciones democráticas de un hombre que, indio o mestizo (no lo sé) era poderoso en su provincia de Acomayo. En cuanto a Mariátegui y Sánchez, prueban hasta qué punto la discusión era un arte esencial para ellos. Creo que hoy ha venido a menos y nos está matando, en cambio, un exceso combinado de cortesía e injuria. Cuando discuten —o creen hacerlo— los intelectuales 1975 o bien callan o

bien dicen demasiado. Sánchez y Mariátegui no se ahorraron algunas ligeras raspaduras, pero además de no renunciar nunca a su obligación de pensar (y, a veces, de hacer frases) sabían combatir deportivamente y gozaban en la lucha. Sospecho que no dejaban de divertirse con toda esa agresión ritualizada. Ambos eran, antes que nada, un par de caballeros, cosa que ya no podemos ser en ninguna parte del mundo a estas alturas del siglo XX. El Perú entero estaba entonces dominado por esta caballerosidad que afectaba a todas las clases sociales. El alcalde indígena y el señorito limeño compartían ese mismo ideal, allí donde fallaba todo lo otro, inclusive el idioma. El caballero bien podía ser un socialista. Como ha dicho Julio Ramón Ribeyro, la Revolución no es o no debería ser incompatible con la urbanidad y las buenas maneras. Hasta que sepa crear las suyas propias y empiece también a morir de convencionalismo. Entretanto el caballero ha continuado siendo un modelo cuya eficacia proviene de varios siglos de inhibiciones sociales que han ido puliendo este refinado producto que ha invadido todas las sociedades, tiempos y culturas, desde el esclavismo hasta la burguesía, Japón, Perú, Alemania o la India. Hombres tan democráticos como Mariátegui y Sánchez podían pues serlo con perfecta naturalidad. Corteses, irritables, amigos de las formas, agresivos. Resulta un placer para nosotros mirar como jugaban su juego, sabiendo ellos mismos que lo era.

Pero este debate no debió su éxito únicamente a las cualidades literarias de sus protagonistas. Ni tampoco a su grado de conocimiento sobre el tema. De hecho, a ese respecto Mariátegui y Sánchez, aj igual que Luis E. Valcárcel, sabían en 1927 mucho menos acerca del indio de lo que todos nosotros sabemos hoy. Pero esa misma limitación fue para ellos una ventaja. Embarazados por la abundancia de datos nosotros no hemos sido capaces todavía de elaborar nuevos conceptos para repensar el problema indígena. En 1927, por el contrario, la misma falta de información autorizaba las hipótesis y generalizaciones. Ese procedimiento era totalmente legítimo en su época. Lo grave es que, en gran medida, las soluciones que propusieron continúan siendo utilizadas hoy. Esta superviven-

cia no alarmaría si sólo se limitara a la cuestión indígena. Pero lo mismo ocurre con muchas otras fórmulas acuñadas durante esos años. Basta, por ejemplo, comprobar el carácter canónico que entre sus partidarios tienen los libros de Haya y Mariátegui. Durante muchos años ésta ha sido para mí una incógnita apasionante ¿A qué se debe la influencia tan prolongada de las gentes que fueron jóvenes entre la I Guerra Mundial y la crisis de 1929? ¿Por qué a nivel político surgieron de allí el APRA, los partidos socialistas y el comunismo? Pese a mis esfuerzos nunca pude elaborar una hipótesis aceptable al respecto. Hasta fechas muy recientes en que la experiencia política peruana de estos últimos años (1968-1975) parece proveer de una buena base de observación para entender lo que ocurrió en el Perú entre 1919-1931. Quisiera presentar esas hipótesis desentendiéndonos del problema indígena en sí mismo. Si bien este último será mejor comprendido dentro del contexto por diseñar.

Los comentarios que siguen serán agrupados en función de tres temas: a) problemas referentes a la identidad de los jóvenes intelectuales de entonces; b) caracterización preliminar de Leguía; c) el proceso ideológico. Sólo entonces he de referirme a dos preguntas conectadas entre sí que son las que originalmente me estimularon para escribir este artículo. Una de ellas ha sido ya mencionada (¿Qué razones explican la vigencia actual de las ideologías elaboradas entonces?) la otra es: ¿Qué comparaciones son posibles entre el período 1919-1931 y el iniciado en 1968? Quizás esta última sea la verdadera pregunta.

Empecemos por las cuestiones de nomenclatura. Los nombres, como he dicho otra vez, no son tan indiferentes como se supone puesto que prefiguran el curso de la investigación. Dudo, por ejemplo, que sean muy justas expresiones como Generación de la Reforma o Generación del Centenario ¿Por qué no Generación de Leguía? Para subrayar el impacto que sobre los jóvenes intelectuales de esa época tuvo el proceso político-social inaugurado por ese gobierno. Sé que en general es peligroso hablar de generaciones. Los métodos propuestos por Julián Marías no han tenido todo el éxito esperado. To-

dos tenemos, además, que al hablar de generaciones nos estemos refiriendo exclusivamente a los intelectuales de un tiempo dado sin decir nada acerca de otros contemporáneos suyos agrupados como empleados, obreros y campesinos. Hay de hecho, un inevitable elitismo en la palabra Generación. Pero si aceptamos usarla, aunque sea en forma provisional, al menos no usemos etiquetas frívolas. Así, cuando hablamos de una Generación del Centenario empleamos un sinsentido. El hecho de que en 1921 cumpliera cien años la Independencia del Perú no tuvo ninguna importancia. Los números tienen su magia (lo prueba la reciente obsesión chileno-peruana por el año santo 1979) pero no tanta. Sin embargo, ese mismo título Centenario podría ser reivindicado si futuros estudios demostrasen que el componente mesiánico de la generación de Mariátegui y Haya era mucho mayor de lo que suponemos. En cuanto a la Reforma Universitaria necesita ser explicada fuera de sí misma. Recordemos, por lo pronto, que en los comienzos de esa Reforma hubo mucho de manipulación leguista contra los catedráticos conservadores y civilistas de San Marcos. No digo que los estudiantes partidarios de la Reforma fueran leguistas (aunque algunos sí lo fueron antes o después o, por lo menos, se beneficiaron con algunas ayudas o tolerancias del régimen). Lo que sugiero es que sin Leguía los estudiantes no hubieran podido llevar adelante algunas de sus reivindicaciones. Los jóvenes de entonces no han reconocido este hecho o lo admiten a medias y regañadientes. Para desprenderse de toda conexión con Leguía han preferido, con toda justicia, recordar sus luchas posteriores contra el oncenio, dejando pasar en silencio sus primeros noviazgos. En esto no han hecho sino ceder al chantaje moral del civilismo restaurado después de 1931. Reconozco que hablar de una Generación de Leguía resulta tan desagradable y tan aparentemente absurdo como hablar de una Generación de Odría compuesta por quienes fueron encarcelados por él. Lo hago sin embargo no por molestar sino con la intención deliberada de exagerar a fin de restablecer el equilibrio. La satanización de Leguía es un obstáculo que nos impide juzgar objetivamente uno de los períodos más críticos del Pe-

rú contemporáneo. La verdad es que a nosotros ahora, después de otros medicamentos (Odría, Belaúnde y Velasco)>, el nombre de Leguía nos asusta moralmente mucho menos de lo que asustaba digamos en 1940. No pretendemos reivindicarlo pero sí entenderlo, para entender a quienes lo combatieron y comprender nuestro propio tiempo.

De Leguía se afirma que lo corrompió todo. Sin duda, pero sospecho que ese mérito lo comparte con la mayoría de los gobiernos peruanos anteriores o posteriores al suyo. No es una excusa por supuesto pero nos advierte que esa acusación, por sí misma, no sirve para caracterizar a un gobierno y diferenciarlo de otros procesos políticos peruanos. El escándalo que rodea los negociados del tiempo de Leguía es una cortina de humo que sirve dos propósitos: 1) ocultar las exactas motivaciones que contra Leguía abrigaban ciertos sectores sociales: 2) disimular el verdadero carácter del régimen leguista, con lo cual nos referimos menos a sus errores, defectos y corrupciones como más bien a la estructura y sentido de su poder. Expongamos en primer término las causas del rencor anti-leguista. Hay muchas cosas que resulta difícil que ciertas gentes perdonen u olviden en Leguía. Desde luego están en primera fila quienes fueron inmediata y directamente perjudicados, sobre todo los civilistas. Pero pienso también en el rencor abrigado por aquellos otros en cuyo favor gobernó Leguía o sea las clases medias urbanas. Leguía jugó a fondo una carta que hoy vuelve a cobrar actualidad: Desarrollo dentro de la Dependencia. Aunque personalmente era un *gentleman* criollo educado en el santo respeto a Inglaterra, no vaciló en aliarse con el capitalismo norteamericano y facilitar su penetración en el Perú. Leguía pensaba de este modo modernizar el país. Como gobernante salió al encuentro de esa modernización ensayando numerosos cambios en la sociedad tradicional peruana. Sus diversos planes (reconocimiento de las comunidades indígenas, irrigaciones costeñas, carreteras en vez de ferrocarriles, crecimiento del sector terciario, desprestigio de la vieja oligarquía, estimulación de nuevos estilos culturales) tendían a minar el inmenso poder de la antigua clase dominante y reemplazarla por una clase media que le fuera adicta, así

en el campo como en la ciudad. En función de estos objetivos hizo Leguía girar la totalidad de su política. Si había que arreglar a cualquier precio las fronteras con Chile y Colombia, era porque estas nuevas fuerzas sociales que él ponía en marcha no debían ser distraídas de sus verdaderas tareas de colaboración con los EE. UU. para desarrollar el Perú. Los gestos más frívolos y superficiales tenían un sentido dentro de su burlona astucia aristocrática. Este viejo político, delgado, sonriente, pulcro, tenía una gracia personal que nunca había podido ostentar el solemne y ahuecado Don José Pardo con todo su empaque. Frente a Leguía, los señorones civilistas parecían definitivamente lo que en realidad siempre fueron: unos tristes burgueses. El civilismo no sólo había manejado a su gusto el Perú sino que también lo había aburrido. Leguía comprendió el valor político de las diversiones e hizo de la fiesta un símbolo de su gobierno. Se ha dicho del leguismo que fue un carnaval, queriendo expresar de este modo un cierto desdén. La verdad es que nada hay más serio y peligroso que un carnaval por lo menos tal como eran oficialmente organizados en Lima por los años 20. Este mundo de serpentinatas, disfraces, éter, represiones y provocaciones sexuales, labios pintados, grandes ojeras, era el símbolo, la prefiguración y el simulacro ético-estético de la nueva era de prosperidad que Leguía estaba prometiendo.

Para las clases medias Leguía debería haber sido un ídolo. Pero no lo fue del todo. Lo recordarían con agradecimiento los pequeños empleados y comerciantes, toda esa pequeña burguesía proletarizada luego por la crisis mundial y el gobierno plutocrático de Manuel Prado y que perdió definitivamente el tranvía poco después. Esas gentes sólo recordaban las obras públicas hechas por Leguía. Mencionaban admirados a la avenida Venezuela como la única pista limeña que nunca ha necesitado compostura. No les interesaba por supuesto saber lo que significó la *Foundation* ni cuantos negociados había detrás de cada edificación. Quizás el nombre de Leguía también significó algo para algunos líderes campesinos que vieron reconocidas sus comunidades o se beneficiaron con los nuevos sistemas de riego en Lambayeque

o Cañete. Para la mayoría de la clase media sin embargo Leguía fue el Tirano. Solamente los horrores del tiempo de Sánchez Cerro quitaron alguna fuerza a ese epíteto. No creo que ese desafecto pruebe la existencia de una especial vocación democrática en las clases medias peruanas. En algunos intelectuales es posible que hubiera una reacción liberal de ese tipo; y aún entonces quizás disfrazaba sus propias postulaciones al poder. En los demás casos el desagrado fue una forma de snobismo y de negar su propia identidad de clase. Al simular un rechazo las gentes de clase media se aproximaban a los enemigos civilistas de Leguía y pretendían confundirse con ellos.

Mucho más sutil fue la reacción de los jóvenes intelectuales frente a Leguía. Para aniquilar políticamente a los partidos tradicionales Leguía autorizó tácitamente las críticas a los regímenes pasados. Lo que no preveyó fue el entusiasmo con que los jóvenes universitarios se dedicaron a demoler no solamente los regímenes pasados, sino también el propio gobierno de Leguía y por extensión la totalidad del sistema social peruano. Cogido en su propia trampa, como un aprendiz de brujo, Leguía había puesto en movimiento fuerzas que no podía controlar. Podía barajar la coyuntura económico-política, pero no el proceso ideológico. A partir sobre todo de 1926 empezaron a tomar cuerpo las doctrinas que más tarde habrían de disputarse la hegemonía política en el Perú durante 50 años. El APRA de Haya y el Socialismo comunista de Mariátegui. En lo que coinciden las obras de Haya y Mariátegui, tan opuestas por lo demás, es en haberse asignado entre otras tareas un análisis político que sirviera al mismo tiempo de resumen, balance y liquidación tanto del leguismo como también de toda la sociedad tradicional peruana. En este sentido las suyas fueron o intentaron ser superaciones dialécticas. No cerraron los ojos ante las "realizaciones" de Leguía como hacían con mal humor los civilistas. Admitieron, por el contrario, que habían ido ocurriendo en el Perú desde 1919 hechos irreversibles que formaban parte de la realidad social histórica peruana, gustasen o no gustasen. Quienes gobernaron el Perú después de Leguía, desde 1931 hasta por lo menos 1956,

sólo entendieron a medias esta verdad descubierta por Haya, Mariátegui y otros contemporáneos suyos. Benavides la intuyó, pero sólo fue capaz de hacer suyos algunos fragmentos de las reformas de "izquierda" que procuraba evitar. Sin entender sus razones y objetivos básicos. Mientras que la derecha torpemente no quiso más que ganar tiempo, primero con Prado y luego con Odría, acorralando al APRA hacia una alianza que la debilitaría y castrando el reformismo pequeño burgués de Belaúnde. De pronto para terror suyo, se encontró en 1968 con que regresaban los fantasmas políticos de 1931. Las ideologías de Haya y Mariátegui no habían muerto. La propia derecha se había encargado de conservarlas al impedir su realización oportuna. Ahora en 1968 las del APRA estaban en manos de los militares, por lo menos parcialmente. Mientras que el Socialismo marxista avanzaba en los frentes sindicales y universitarios.

El proceso político que se ha iniciado en 1968 puede ser definido, al igual que el de 1919, como un intento por reemplazar a las oligarquías imperantes por nuevas élites dispuestas a modernizar el país y obtener el despegue desarrollista. Al revés de los militares, sin embargo, Leguía supo bien, desde el principio, que la eficacia de un gobierno depende de que se encuentre en manos de una sola clase. Los militares peruanos sueñan todavía como los coroneles griegos con ser un gobierno por encima de las clases, aunque desatan una movilización popular cuyo signo y porvenir no parece preocuparles mientras no les incomode a corto término. Exagerando su capacidad de maniobra creen que en el futuro podrán compensar la pérdida de posiciones tácticas gracias a sus planes estratégicos a largo plazo. Tales planes se basan sin embargo en imponderables que no se encuentran bajo su dominio. Unos (reestablecimiento del comercio internacional) dependen quizás de las grandes potencias capitalistas. Otros (abundancia de petróleo), de Dios. Leguía hizo suyas las jerarquías intermedias para poder eliminar a las más altas. El Gobierno actual en cambio se ha empeñado en una desjerarquización tan completa del país que sólo queda ahorrado (¿por cuánto tiempo?) el propio Ejército. Ha

eliminado resistencias de este modo, pero también ha creado alrededor suyo un enorme vacío no sólo de comunicación sino de transmisión de órdenes. En otras palabras, como gran negociador Leguía procuró evitar la radicalización política. Si ésta se produjo al nivel ideológico (no tanto en la práctica) fue a pesar suyo. Hoy, en cambio, la ausencia de intermediarios (sin mencionar otras medidas) conduce a un enfrentamiento radical en la lucha de clases, situación que era lo que quería evitar precisamente este gobierno. Hay otros dos puntos esenciales de divergencia entre Leguía y los militares de 1968. Nos referimos a las relaciones de cada uno de esos procesos, primero con sus respectivas crisis económicas mundiales y luego con las renovaciones ideológicas internas. En cuanto a lo primero debemos evitar el automatismo que nos lleva a pronosticar para este régimen un fin parecido al que tuvo Leguía. Lo cierto es que históricamente no existe una conexión forzosa entre las dificultades económicas de un gobierno y su posible colapso político. Quienes afirman lo contrario expresan un deseo y asumen una posición idealista. Si Leguía no sobrevivió al crack capitalista de 1929 fue, en gran parte, porque todo su aparato de poder se había basado en la distribución de beneficios dentro de una abundancia ficticia. Mientras que el actual Gobierno se ha definido logísticamente como una administración de la escasez. No digo que no haya habido desperdicio e irracionalidad en el gasto público. Situó el análisis en otro nivel: Aun cuando aumentara sus recursos fiscales y los mal empleara, este gobierno ha estado siempre preparado para una emergencia de racionamiento dentro del estilo de un estado de guerra. En ese sentido los militares peruanos han sacado fuerzas de flaqueza y han aprovechado la crisis económica para fortalecerse políticamente. Esta afirmación puede parecer falsa y paradójica en medio de las huelgas, la inflación y las presiones populares y cuando más baja es la credibilidad de los gobernantes. Contra todo eso, el gobierno militar peruano cuenta a su favor con la falta de alternativas que lo reemplacen a corto término. Ni siquiera los grupos políticos civiles que piden elecciones las desean de verdad. Algunos hasta las sugieren en forma limita-

da a nivel de municipios y constituyentes sin alterar la composición del Ejecutivo. De hecho todos ellos comprenden que el descontento que originan las crisis capitalistas sólo puede ser controlado en estos países por regímenes de fuerza. Ningún partido, del APRA a Belaúnde y la Democracia Cristiana, está dispuesto a cumplir el rol policiaco de represión que exige un capitalismo amenazado. Esperan que otros se ensucien las manos para suceder a los militares "cuando pase la crisis". Para entonces, si de verdad pasa, por supuesto que los militares no verán ninguna buena razón para abandonar el poder.

Por otra parte, y esta es la hipótesis sustancial en debate, el proceso 1968 se diferencia del iniciado en 1919 en lo que llamaríamos su diverso desfaseamiento sectorial. Quiero decir que en el caso de Leguía la crisis económica y el derrumbe político se produjeron cuando ya habían alcanzado su madurez la radicalización ideológica y el cuestionamiento generalizado del sistema social. No sugiero ninguna relación causal entre esos hechos; sino, por ahora, una relación de coincidencia cronológica que fue determinante del desarrollo histórico posterior. Hoy la situación es por desgracia diferente. El proceso ideológico se encuentra retrasado por comparación al período 1919-1931. Mientras económicamente para 1975-76 nos encontramos en pleno 1929, ideológicamente nuestro desarrollo 1976, es comparable al que había antes de 1926. Antes de Haya y de Mariátegui. Existe ya una novedosa información acumulada sobre la realidad peruana. Pero no hemos alcanzado la fase decisiva en que todos esos datos son procesados dentro de una ideología política global. Esta es sin duda una desventaja de nuestra época con relación a los últimos años de Leguía. Cuando ocurrió el desastre capitalista de 1929, el Perú siquiera tenía para escoger entre las posiciones de Haya o Mariátegui; y era de hecho el país sudamericano ideológicamente más avanzado. Hoy, en cambio, en medio de una crisis mundial quizás más grave que la de 1929, la izquierda peruana carece de una imagen y un programa orgánicos. Tampoco es seguro que nuestro proceso ideológico tenga una culminación parecida a la de 1919-1931. Es una probabili-

dad histórica pero no una necesidad histórica. Bien puede ocurrir que en el futuro inmediato no haya ningún Haya o Mariátegui. No por falta de capacidades individuales sino por cambios cualitativos dentro del proceso político global del país. Una rápida depauperación de las masas las radicalizaría de tal manera que todos los partidos políticos, del APRA hacia la izquierda, morirían de indignación, incapacitados para viabilizar esa gran presión popular. En tal coyuntura el gobierno militar cambiaría sus actuales moderaciones por una represión durísima. Dejaría de ser un régimen militar para convertirse en un régimen abiertamente policial. El populis-

mo militar frustrado se creería autorizado a todas las violencias contra una población civil que "ha traicionado al Ejército al no entender la grandeza y pureza de sus intenciones". No habría tiempo para pensar ni escribir. Posiblemente el destierro y la prisión resulten entonces demasiado costosos políticamente y se prefiera recursos más expeditivos. Todo el proceso ideológico peruano quedaría entonces trunco e interrumpido. Los que hubiesen podido hacer el balance y la liquidación de la experiencia militar peruana, serían entonces condenados al silencio absoluto. Enuncio esta posibilidad precisamente para que no ocurra.

Noviembre de 1975.